

Cuando todos somos líderes

Hace diez años tuve la oportunidad de trabajar como productor ejecutivo y periodista para un documental del Programa de Naciones Unidas, el tema a tratar: la generación de polos de desarrollo, desde la organización autogestionada de las comunidades territoriales. Para elaborar una mirada completa de esta realidad, se llevaron a cabo múltiples viajes por diversos rincones de Chile. En forma exitosa fue posible visualizar cómo un puñado de ciudadanos organizados, sí podía vivir mejor, en la medida que el grupo humano sumaba el liderazgo de todos para un cambio mayor. Pero hay que decirlo, hubo un caso en particular revelador.

La caleta de Quintay, ubicada a unos cincuenta kilómetros de Valparaíso, en 1997 inicia sus funciones como organización legal. Para tal efecto se creó una fundación, la cual fue liderada y creada por un sindicato de pescadores. El objetivo de este esfuerzo colectivo, era promover fomentar y desarrollar la pesquería sustentable, la protección, defensa, y recuperación del medio ambiente marino y el manejo sustentable del borde costero. Pero existe una historia previa. Desde 1943 a 1967 la ballenera más grande de Chile funcionó en forma sistemática en Quintay. Ingleses, alemanes y japoneses lideraron esta industrialización de la ballena y sus derivados (aceite, jabón, peinetas, detergente, etc.) hasta que el gobierno decretó la prohibición de la caza de ballenas. Esta producción, donde trabajaban 1000 personas, operaba en forma continua las 24 horas del día.

A mediados de los '90 nuevas generaciones de pescadores quisieron revertir esta triste y errada historia. Sabían que sus familias merecían un mejor pasar, como así también, el territorio natural necesitaba cuidados y mejores liderazgos en su administración. No recuerdo bien si eran 50 ó 70 pescadores, pero sí recuerdo cómo un grupo de personas, sin estudios avanzados, trabajadores del mar, con claridad absoluta y liderazgo colectivo, caminó por la senda de profundos cambios culturales e innovaciones en la gestión económica del territorio.

El liderazgo colectivo de este sindicato era visionario. Comprendían que el desarrollo se fundaba en alianzas, para eso generaron expeditos diálogos con universidades –Universidad Católica y Andrés Bello- ya que el territorio requería de conocimientos especializados. En una segunda etapa, recorrieron las orillas turísticas de Quintay y se dieron cuenta que muchos de los vecinos que ahí vacacionaban, eran conocidos e influyentes políticos del Gobierno y parlamento de la época. Con esta alianza Quintay tuvo un blindaje único, que hacía de la zona, un espacio de influencias imposible de contrarrestar. En el campo económico, llegó un momento donde el negocio de la extracción de moluscos debía profesionalizarse. Ellos eran buzos y sabían extraer el recurso, pero la comercialización era otra historia. Para eso se contrató a un ingeniero comercial, éste profesional trabajaba para el sindicato. Pasó el tiempo y estos campesinos del mar, que en forma organizada y científicamente planificada, extraían (casi era una cosecha) los recursos del océano, asumieron que llegaría el minuto donde estos moluscos tendrían que ser exportados a otros países. De igual forma, estaba la conciencia que la economía debía estar fuertemente ligada al campo del turismo. El sindicato comprende que era hora de aprovechar la infraestructura, de esta forma, las oxidadas y alicaídas instalaciones de la ballenera se transformaron

en museo, sala de eventos y espacio para los deportes acuáticos. Se suma a esto, un restorán de alto prestigio que con gran sabiduría fue instalado en la mejor ubicación de esta caleta. La orilla de Quintay poco a poco comenzó a hacerse conocida por sus deliciosos platos de mariscos.

Este grupo humano durante el día navegaba e intervenía sus costas, y en las tardes planificaba el territorio, la economía y la vida de sus familias. Ya se hablaba de maquinaria para plastificar al vacío los moluscos para la exportación; de organismos internacionales (PNUD) interesados en sistematizar la historia de esta agrupación; de viajes para expandir esta experiencia dentro y fuera de Chile... la sintonía de este colectivo hizo de liderazgos dispersos, un cuerpo único de acción organizacional.

Mucha gente podrá preguntarse, ¿y qué tiene que ver esta historia con la revista DIRCOM?, mi respuesta: todo. Como Dircom por años he visto cómo las organizaciones, del Estado y privadas, pierden oportunidades de desarrollo y crecimiento, esto en la medida que no suman sus liderazgos. No comprenden que con un objetivo claro y compartido, los componentes de una agrupación, desde la diversidad pueden aglutinar liderazgos múltiples, y estos colocarlos en función de un desafío único... un objetivo mayor.

Este sindicato de gente sencilla, que supo de esfuerzos y sacrificios, asumió que el punto no eran los egos y retos personales. En las reuniones así lo plasmaban. Tenían miradas gratuitas y pensadas para el colectivo. Eran gestos fundados en individualidades complejas, apasionadas, intuitivas, pero altamente comprometidas con un solo proyecto: la comunidad de Quintay.

Estos líderes, que un día compraron una micro deteriorada y la arreglaron para trasladar a sus hijos al colegio (en Valparaíso), ya que la zona no poseía un transporte permanente... son estos líderes quienes hoy observan orgullosos cómo la vida cambia, en la medida que la visión y el corazón de muchos, está al servicio de un reto mayor. Durante siete días observé que nadie sobraba en este proyecto, que cada pescador era un líder innato, y que el liderazgo era de todos. Como Dircom aprendí que todo proyecto humano tiene luz propia en la medida que se comprende cómo generar esta energía de cambio. Empresas, partidos políticos, líderes de opinión, organismos privados... en algún momento de su historia, deben asumir el liderazgo colectivo, como un espacio legítimo de crecimiento y desarrollo para todos.